

NERUDA y STALIN

Francisco Dussuel, S. J.

Los recientes acontecimientos que han conmovido a la URSS y al comunismo internacional se esfuerzan por pulverizar al ídolo de antaño, por vilipendiar al amo despótico, al "asesino Stalin", después de años de endiosamiento, incienso, loas y humillantes vasallajes.

Una vez más los "libres" artistas marxistas deberán tomar nuevos caminos, enlodar al déspota de hoy, ayer no más cima del "nuevo mundo socialista".

Oportuno es, pues, recordar lo que Neruda expresó en aquel entonces. No sabemos qué dirá ahora. Inhibido y esclavizado deberá estar atento a las nuevas consignas zigzageantes, fruto del principio maquiavélico, eje central de la doctrina marxista. En el "Canto General" (IX, "Que despierte" EL LENADOR" 2.a Edic. Méjico 1952, p. 372, dice así:

"En tres habitaciones del viejo Kremlin
vive un hombre llamado José Stalin.
Tarde se apaga la luz de su cuarto.
El mundo y su patria no le dan reposo.
Otros héroes han dado a luz una patria
él además ayudó a concebir la suya,
a edificarla,
a defenderla".

Su inmensa patria es, pues, parte de él mismo y "no puede descansar porque ella no descansa".

La loa ditirámica se desarrolla hiperbólica, recordando y contando al "héroe de Stalingrado", empeñado en la lucha por la justicia y por hacer borrar del mundo el "dolor de millones de pobres".

José Stalin palpó la "nieve y la pólvora"; con la bravura del león se enfrentó con los "viejos bandidos —que quisieron (como ahora otra vez) revivir— el knut y la miseria, la angustia de los esclavos". Gracias a él pudo ser detenida la "ola de plomo

—los alemanes cebados por Chamberlain— y su coraje e inteligencia operaron el milagro de expandir en Alemania la "paz ancha de Rusia", nacida e incrementada al impulso creador de su corazón y de su genio:

"Stalin los enfrentó en todas las vastas fronteras,
en todos los repliegues, en todos los avances
y hasta Berlín sus hijos como un huracán de pueblos
llegaron y llevaron la paz ancha de Rusia".

En su fecunda imaginación marxista, lo ve rodeado de los "altos generales —los indomables—. Firmes como nevados encinares. —Ninguno de ellos tiene palacios—. Ninguno de ellos tiene regimientos de siervos".

"LAS UVAS Y EL VIENTO" es un poema gigantesco, entonado en loor de la realización comunista en el "nuevo mundo". Neruda proyecta luz, torrentes de luz y optimismo, sobre la "nueva humanidad", en la "que los graneros brillan como minas descubiertas"; en la que el ruido de las máquinas es sinfonía y en la "que los ríos de las aguas fecunda hasta a la arena". "Oh mundo socialista", exclama en un transporte lírico. Allí "las cose-



chas son las más dotadas del mundo"; "las jóvenes son orgullosas", vestidas de "azul obrero" y con "sonrisa que es cascada de nieve", mientras la naturaleza misma se asocia eufórica a este milagro, y la leche deslizaba en río blanco hasta el mar".

En el poema "En su muerte", el poeta, se estremece de emoción, recordando la figura creadora de Stalin, empeñado en gestar una nueva raza, capaz de asombrar al mundo, mientras la policía desde "Hong-Kong a Chicago —buscaba y ensayaba— las ametralladoras en la carne del pueblo".

"Junto a Lenin
Stalin avanzaba
y así, con blusa blanca
con gorra gris de obrero
Stalin,
con su paso tranquilo
entró en la Historia acompañado
de Lenin y del viento".

Neruda fija entonces el sitio real que Stalin ocupa en el "nuevo mundo". "Lenin —recibió de los Zares— telarañas y harapos". El héroe de Georgia recibió una herencia "limpia y ancha". Su misión fué construir. Y al impulso de su genio "nacieron —de sus manos— cereales, tractores, enseñanzas, caminos":

"y él allí
sepcillo como tú y como yo
si tú y yo consiguiéramos
ser sencillos como él".

Difícil cosa es alcanzar la cima de esta poesía ditirámica. Era la consigna que debía aprisionar con tenacidad implacable la "libertad artística".

De Stalin hay que aprender a "ser hombres". Es ésta —la ley staliniana:

"y hay que aprender de Stalin
su intensidad serena,
su claridad concreta,
su desprecio
al oropel vacío,
a la hueca abstracción editorial".

Con la "intuición" propia del elegido, Stalin, rompe bruscamente los estrechos límites de la vulgaridad. Su vuelo es el del águila que contempla de hito en hito la luminosidad del cenit y allí se recrea y embriaga, para entregarnos luego un mensaje de insospechadas vibraciones humanas.

"Stalin es el mediodía,
la madurez del hombre y de los pueblos.
En la guerra lo vieron
las ciudades quemadas
extraer del escombros,
la esperanza,
refundirla de nuevo,
hacerla acero,
y atacar con sus rayos
destruyendo
las fortificaciones de las tinieblas".

Stalin es el "maestro", que señaló nuevos horizontes y tuvo la potente visión de "desentrañar el nudo y mostrar la recta— claridad de la línea".

No fué el "dómine" complicado y hermético, que se solazaba en la ignorancia del discípulo. Por sobre todas las cosas buscó la luz, la elocuencia de la Claridad, que llena los vacíos, señalando los futuros designios de ideas y de renovadoras realizaciones materiales:



"Enseñó a todos
a crecer, a crecer,
a plantar y metales,
les enseñó a crecer,
a criaturas y ríos
a dar frutos y fuego.
Les enseñó la PAZ
y así detuvo
con su pecho extendido
los lobos de la guerra".

No sin razón, pues, Neruda, fiel intérprete de un sentir colectivo podrá exclamar con orgullo de marxista, atento siempre a que sus versos lleguen preñados de admiración, éxtasis, estupor, pasmo, sorpresa, aturdimiento, suspensión y estupefacción:

"Stalinianos. Llevamos este nombre con orgullo.
Stalinianos. Es ésta la jerarquía de nuestro tiempo.
En sus últimos años la paloma,
la Paz, la errante rosa perseguida,
se detuvo en sus hombros y Stalin, el Gigante,
la levantó a la altura de su frente.
Así vieron la paz pueblos distantes".

¿Qué hubiera sucedido entre los participantes al Congreso del Partido comunista celebrado hace poco en Moscú, si Neruda hubiese leído este trozo? Seguramente que los "desmayados" habrían sido legión. Ya no es Stalin "el faro con palomar". Ya no es Stalin "de épica estatura". Ya no "florecen" las juventudes "con la palabra de Stalin —en millones de labios". (p. 230).

Todo el proceso evolutivo del marxismo, lo sintetiza así nuestro poeta:

"Entonces en la historia
vino Lenin,
cambió la tierra;
luego Stalin
cambió el hombre". (p. 153).

Así fué en realidad. El comunismo internacional negó con enojo las repetidas acusaciones de las "víctimas del terror staliniano". Para los secuaces de Moscú todo era mentira, calumnia, propaganda norteamericana.

Ahora se descorrió el velo. Stalin "cambió el hombre", pero no como lo "defendía" Neruda. Amo despótico y sanguinario, dejó tras sí un torrente de sangre.

¿Qué pretende el Kremlin? No lo sabemos. Algo nuevo y misterioso se oculta tras esta persecución despiadada al creador del "Premio Stalin", que como cruel ironía entregaba la blanca paloma de la paz.

Pablo Neruda, poeta marxista, está a la espera.

Nuevas consignaciones están en marcha. Esperemos también nosotros.

